

neras de ver. El libro —decía Jorge Luis Borges— es un eje de innumerables relaciones.

En cada una de sus ediciones, el *Diccionario de política internacional* ha aumentado sus términos, pero en la medida en que la pretensión de un diccionario es reunir la mayor cantidad de ellos —pretensión que ha dado paso a la especialización— en éste sigue habiendo ausencias identificadas seguramente por cada uno de los lectores de acuerdo con sus intereses; esto no lo digo como una crítica sino, más bien, con la intención de apuntar nuevas entradas para futuras ediciones. Por mis intereses en particular, creo que me hubiera gustado encontrar, entre otras, una referencia a la AEC (la Asociación de Estados del Caribe), que representa una propuesta regional para impulsar la cooperación internacional; o a los *paraísos fiscales* ubicados en algunas islas antillanas y que han moldeado su vida en los últimos años. Tampoco hay referencias al petróleo o al agua, entre otros asuntos de vital importancia en la actualidad internacional.

El *Diccionario de política internacional* es labor de un solo hombre, y aunque no siempre es dable seguir la huella de María Moliner, evidentemente es un gran esfuerzo y tiene muchos aciertos, por ello resulta recomendable abrir sus páginas y realizar diversas búsquedas —dice Certau que “el lector es un cazador furtivo que recorre las tierras de otro”—, sin duda, éstas ofrecen un campo fértil para la reflexión, más allá de que se trata de un instrumento de consulta imprescindible, que nos permitirá no equivocarnos ante la profusión de vocablos, siglas y expresiones extranjeras, en infinidad de casos mal usadas y peor comprendidas. Por ello, no debe faltar en nuestras bibliotecas abiertas

al público, pero especialmente en las personales de todos quienes inscribimos nuestro trabajo académico o ejercicio profesional en el estudio o en la práctica de la política internacional de México.

Laura Muñoz  
INSTITUTO MORA

Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, COLMEX, México, 2002, 248 pp.

El libro de Guillermo Zermeño aparece en un momento muy oportuno cuando se está discutiendo la urgencia de renovación de la historiografía en el mundo y en México. Se oyen lamentos en cuanto a los atrasos teóricos y metodológicos en muchas instituciones de enseñanza de la historia, ancladas en pequeñas áreas de conocimiento que pierden de vista elementos globales fundamentales. Los quiebres de paradigmas han producido un vacío teórico y han confinado en estériles empirismos. Se ha detectado como una de las graves rémoras, la actitud esclavizada en los datos sin capacidades explicativas. Se ha reiterado la importancia de sumergirse en los archivos, pero también se ha advertido que la labor del historiador no puede reducirse a eso. Se espera que muestre capacidad de conectar el hecho histórico con la totalidad que le da sentido.

El libro está muy bien fundamentado y somete implacablemente el quehacer de la historia a un análisis propiamente histórico. Establece esclarecedoras discusiones sobre teorías y métodos. Además de contener una argumentación sólida y compleja, tiene mucha erudición y está

elegantemente escrito. Es un agudo e inspirador trabajo, que no teme las implicaciones, que atiende todas las complicaciones y que posibilita entender el pasado, el presente y el futuro de la historiografía. Lo más importante es que este libro, producto de un trabajo de más de quince años, se finca en un conocimiento teórico muy sólido, y excelentemente aplicado. Se trata del producto de la reflexión sobre el oficio de historiar en la época moderna. IncurSIONa en una historia del concepto modernidad y sus diversas acepciones. No se le escapa la intrínseca dialéctica de que lo que hoy es moderno, mañana será tradicional. También enfrenta la función de la tradición en la modernidad. Critica la concepción determinista de la modernidad, y demuestra cómo sin tradición no hay modernidad. El diálogo con la memoria histórica es el resultado de una elaboración teórica en torno al carácter y función de la historia en la modernidad.

Esta obra hurga en la distinción entre historia como saber del pasado e historia como experiencia. Hace ver cómo en el momento en que nos apropiamos de la experiencia del pasado, nos orientamos en dirección del futuro. El autor realizó una espléndida investigación histórica alentada por una discusión teórica; en esta forma se propone y consigue descubrir la génesis de la historia moderna y delinear sus retos. El autor no teme adentrarse en exploraciones conflictivas, en hacer las preguntas pertinentes y heurísticas, en comprometer al lector a un continuo diálogo y debate. Desentraña el origen moderno de la historiografía, incursiona en sus alcances y es implacable con sus limitaciones. Muestra que es un experimentado historiador con grandes capacidades críticas. A partir de una noción de

crisis propia de la modernidad se aventuró en una disección del modelo historiográfico. Detecta cómo la modernidad propia de los Estados nacionales se propuso hacer uso del pasado. Uno de los hilos conductores de su estudio es lo que sucede en Alemania y en México con un contrapunto en el sudeste asiático. Sostiene que Ranke se convirtió en uno de los maestros de la escritura moderna del pasado, en una de las figuras más significativas de la historiografía moderna. Con sus afanes de objetividad e imparcialidad se convirtió en el padre de dicha historiografía. Planteaba que lo reportado por las fuentes acerca del pasado no podía ser aceptado como un hecho sin más, y que precisamente el trabajo de los historiadores tenía que ser el establecimiento de los hechos. Este historiador alemán fundó una nueva historia. Aplicó la crítica documental a la historia, realizando el análisis de los textos en un nuevo ámbito regido por reglas científicas. Confrontaba las fuentes para lograr un nuevo relato basado en la investigación de los hechos. Había que hacer la historia sobre los relatos de los testigos oculares y los documentos originales. Inventó un nuevo idioma histórico. Defendió que la historia consistía menos en recurrir y acoplar hechos que en comprenderlos y explicarlos, y aspiraba a descubrir las leyes que gobernaban el mundo social. Rompió con el modelo de la historia como un discurso ejemplar para el presente. Así fue fortaleciendo la concepción de la actividad historiográfica entendida como no filosófica y al margen de la política. Se preocupaba por cubrir los nexos de sentido entre las partes que se presentaban como resultado del azar. Se distanciaba de la teleología hegeliana y privilegiaba una historia-escritura que exigía

apartarse de las alegorías. Además, Ranke institucionalizó la historia al ligarla a las prácticas universitarias. Investigó y enseñó el pasado desde una institución universitaria, contribuyó a la profesionalización de la historia, y tuvo discípulos. Por su parte, Zermeño, una vez que ha expuesto el método de Ranke, revela las debilidades del modelo al confrontarlo con los sistemas de comunicación que lo hacen posible, al señalar la deuda que adquiere con el futuro. Expone y subraya los elementos problemáticos del nuevo método en cuanto a la escritura sobre escrituras, a las pretensiones de imparcialidad y a las relaciones con la política.

El autor investiga los usos políticos del pasado en la modernidad hasta llegar a la modernidad revolucionaria como mito. No puede menos que asomarse a las invenciones de la nación y a su administrada historia. Defiende el campo de la crítica histórica contra las actitudes de la historia como algo administrable y dosificable.

Saca a flote la génesis de la historiografía sobre todo europea, para confrontarla con la mexicana. El método seguido por el autor es al mismo tiempo que riguroso, muy sugerente. Pregunta sin cansarse, haciendo cuestionamientos sobre las mismas preguntas, implicándolas, plantando el horizonte de las mismas y formulando humildemente hipótesis, cuando bien podría establecer tesis. Está preocupado por saber cómo el mundo moderno se relaciona con el pasado. Subraya cómo el principal enigma historiográfico consiste en saber cuándo y cómo una pequeña elite se hizo del poder y consiguió incorporar culturalmente a las mayorías fragmentadas.

Discute minuciosamente los conceptos de historia, de historiografía, de mo-

dernidad, de cultura, de escritura. A toda esa producción social la ve y la trata como algo histórico. Estudia cómo el paso de la percepción propia a la ajena se realiza en el espacio de la comunicación, que permite que lo observable lo sea para el otro. Considera que la cultura de la historia es la forma como las sociedades modernas han elaborado una representación de sí mismas, ordenadas temporalmente y estructuradas por medio de la comunicación. No deja de lado el hecho de que en la historia, la comunicación se hace por medio de la escritura y de la oralidad que se mediatiza por la escritura. Por eso mismo no se puede uno escapar de la tarea de descifrar la escritura como práctica histórica. Ve que todo texto histórico sólo es inteligible si se ilumina relacionándolo con su propia producción. Llama la atención sobre la necesidad de distinguir la memoria vivencial de los contemporáneos de una misma experiencia y la memoria fabricada discursivamente, propia de la historiografía. No quiere que el lector vaya a olvidar que la escritura de la historia en la modernidad es incompleta, o que la aspiración a una historia total sea pura ilusión.

Refiriéndose a la noción de historia efectual de Gadamer, destaca que es un postulado teórico que invita al historiador a reconocer que aun antes de preguntar y delimitar su objeto de estudio ya está implicado en éste; y es el punto de partida para someter a prueba los prejuicios.

Advierte que el trauma histórico de la derrota en Vietnam puede tratar de saldarse mediante nuevas victorias como las de Afganistán e Irak, pero que eso no es sino posponer y desviar los problemas inherentes a la constitución de la memoria

histórica en la modernidad. Es no reconocer que el pasado no desaparece simplemente con la sustitución de algo nuevo, porque los dramas del pasado dejan huella.

Ranke es sólo el primer paso del recorrido. Zermeño constata que la historiografía moderna no ha cesado de remozarse. Pasa de la historiografía del siglo XIX a la del XX. Hay una aspiración continua de depuración del lenguaje para dar cuenta con fidelidad del pasado. Está interesado por detectar hasta dónde ese modelo reporta una alternativa viable. En esta búsqueda realiza un cuidadoso análisis del trabajo de un grupo plural e interdisciplinario de especialistas que desde los años ochenta han estado produciendo nuevas pistas para la historiografía desde el sudeste asiático. Quisieron hacer el contrapeso a la visión historiográfica que había privilegiado el papel de las elites en la formación cultural de la nación. Así optaron por estudiar la subalteridad. Favorecieron una observación con la intención de realizar una nueva historia política que no descuidara los factores culturales, económicos y sociales. Se tomó como eje de observación al excluido. En esa forma han estado recuperando para la historia la actividad de estos importantes grupos sociales teniendo en cuenta su propia experiencia. Lo importante de estos investigadores fue el cambio de perspectiva con el que han ofrecido un nuevo proyecto de carácter histórico. La noción de convergencia asume un papel preponderante. El proyecto de la historiografía de la subalteridad tuvo como origen el interés de descubrir las fallas en el orden de las interpretaciones relacionadas con la formación del estado colonial y poscolonial. Uno de los problemas fundamentales ha sido cómo

conocer las intenciones y la racionalidad de los actores subalternos.

El autor señala que hace falta una labor de reconstrucción de las formas que ha asumido el pasado mediante la escritura para acceder a otra experiencia olvidada por la historia. Aunque también hay precauciones, como el evitar los reduccionismos. Se tienen que observar los materiales de la historia ya no como portadores indiscutibles de los hechos del pasado, sino como instancias parciales de sistemas de comunicación que a la vez que se refieren a algo son sus representantes. Zermeño enfatiza que no hay acceso a la realidad sin contar previamente con una representación de la misma. Ésta se origina en los procesos culturales por medio de actos comunicativos. Los historiadores cuentan con comunicaciones documentales. Se requiere saber acceder a la dimensión comunicativa de los subalternos. Así, la acción de historiar implica comprender las formas apropiadas de las culturas examinadas. En el proyecto de la subalteridad hay además una fuerte crítica de la historiografía en la que predomina la visión de las elites y también de la forma como se escribe la historia desde los dominios coloniales. También se presenta otra vertiente en contra del etnocentrismo. Zermeño destaca cómo los estudios en torno a las condiciones de subalteridad en las sociedades modernas hacen patente la crisis de un modelo de representación histórica de lo popular. Si la historia ha sido hasta ahora escrita por los vencedores, desde sus propias reglas, no es posible que con esas mismas reglas se pueda rescatar la parte olvidada.

Zermeño alerta acerca de la distinción entre la representación y la cosa representada. Fustiga al modelo clásico de la co-

rrespondencia entre las palabras y las cosas, pues no logra explicar la brecha entre la legalidad y las prácticas. El autor convoca a pensar de nuevo el carácter y las formas de la escritura de la historia. Llama a revisar la lectura de las fuentes, a examinar la cultura del propio historiador. Está en contra de la pretensión totalizadora de la historia. Las situaciones de cambio social son plurales, mediadas por conflictos.

Una vez que Zermeño ha realizado un acucioso recorrido por la historiografía europea y por la sudasiática, vuelve los ojos a México, y busca la impronta de Ranke. Sostiene que las instituciones no son necesariamente el origen ni el término de la historiografía moderna. Descubre que hacia la segunda mitad del siglo XIX se desarrolla un tipo de discurso historiográfico que se asemeja al desarrollado por Ranke. Sin mecanicismos va señalando los aspectos rankeanos. Rastrea la formación y producción de un nuevo tipo de lenguaje sobre el pasado, pues considera a la historia como una práctica productora de nuevos sentidos sobre el pasado, y ubica tiempo y lugar de un nuevo lenguaje histórico que desdeña las formas de comunicación clásicas y neoclásicas. Da cuenta de la mayor parte del siglo XIX, pasa por el periodo revolucionario y llega hasta la primera mitad del siglo XX. Analiza un discurso histórico, primero nacionalista y después nacional-revolucionario. También va punteando las diversas institucionalizaciones que influyen en el quehacer histórico mexicano. Cuando llega propiamente la traducción de Ranke en los años cuarenta, el terreno ya se había preparado. Su llegada formal coincide con la profesionalización de la historia. Pero el autor no se contenta con

ir haciendo esos nexos. Llama a volver a reflexionar los aportes de Ranke en el contexto de la construcción de la memoria social propiciada por la revolución de la informática, que hace materialmente impensable el ideal rankeano de objetividad e imparcialidad históricas fundadas en la exhaustividad y comparabilidad de los documentos. El ideal de veracidad no puede menos que inscribirse dentro de un proceso de verificación en esencia imperfecto, abierto a nuevas posibilidades de fuentes no advertidas o de interpretaciones no previstas. Llama la atención acerca de nuevas formas de leer los testimonios escritos.

En su revisión de la historiografía en México, el autor realiza un pormenorizado y ameno recuento. Hace una detallada comparación de dos historiados de procedencia muy diversa, el jesuita José Bravo Ugarte y el académico Daniel Cosío Villegas. Uno proviene de la tradición católica y otro, de la liberal. No obstante, se reconocen y se respetan. Pese a sus diferencias tienen puntos de contacto que el autor resalta. Lo que los separa no es el modo de relación comunicativa con el pasado. Zermeño considera que ambos comparten la misma epistemología histórica de corte rankeano. El primero es sobrio y su público es más bien escolar, mientras que el segundo busca el debate y está en medio de la opinión pública.

Zermeño concluye con una profundización acerca de las críticas y crisis de la historiografía moderna en México que da cuenta de la segunda mitad del siglo XX. Realiza un balance actual examinando las implicaciones epistemológicas, sociológicas y políticas. Distingue los debates académicos de los oficiales y no está ajeno a la cuestión de los públicos. Ve la crisis

como una falta de correspondencia entre expectativas y prácticas, entre lo que debería ser y lo que es. Pero también pone en cuestión cómo se forman esos ideales. Propone una nueva noción de crítica, la basada en una teoría de observación de la observación. Constata que la noción de crisis ha acompañado la evolución de la historiografía. Recapitula para resaltar cómo hubo un triunfo de la escuela objetiva de Ranke, pero desde la misma profesionalización de esta escuela sobrevino la crisis. Desde los años cuarenta se hacía la pregunta sobre el sentido y la función de la historiografía en la sociedad contemporánea. Para los setenta, el aumento de la producción histórica era enorme, pero se apuntaba que seguía faltando una crítica rigurosa que pusiera a cada quien en su sitio. Había desdén mutuo entre los historiadores y otros investigadores en otras disciplinas humanas. También se apuntó que la crisis no se refería tanto a problemas en instrumentos y técnicas sino a los principios en que se fincaba la labor historiográfica. Otros planteaban que la historia y las ciencias sociales no acababan de ser suficientemente útiles a la sociedad. Se demandaba que la historia contribuyera a encontrar soluciones a problemas del presente. Había insatisfacción en cuanto a las posibilidades del saber histórico para explicar y transformar la evolución de la sociedad. Se pretendían conocer las relaciones entre la dimensión cognitiva y la dimensión política de la historia. Se hacían denuncias en cuanto a que la historiografía había circulado alrededor del mito de la revolución mexicana. Abundaron las discusiones sobre el sentido del quehacer histórico. Los balances realizados terminan con tonos pesimistas.

El autor no se contenta con sintetizar los variados debates de finales del siglo XX. Destaca que todavía falta indagar hasta dónde de la historiografía, tal como se ha practicado, ha conseguido entenderse a sí misma. Propone emprender una mayor reflexión sobre el sentido y función de un discurso sobre el pasado enmarcado por un tiempo específicamente moderno. Esto implicaría hacer una indagación de la forma como se constituyó teóricamente la disciplina, el sentido de temporalidad que desarrolló y la idea de cambio social que utilizó. El autor sostiene que la crisis se origina en el carácter ambiguo de la historiografía que surge de la modernidad. Es la crisis de una cierta noción de crítica histórica que ha acompañado a la historiografía académica desde su nacimiento. Zermeño insiste en que para arrostrar la crisis se necesita un alto grado de crítica que se pregunte no sólo por su método, sino por su función social. Se debe lograr un diálogo entre diferentes disciplinas y diferentes tradiciones regionales de emprender la historiografía. Hay que preguntarse por la relación entre la historia como experiencia y la escritura como su representación. Precisa que la crítica no se realiza frente a un objeto independiente del observador. Llama a hacer una profunda revisión de las nociones clásicas de imparcialidad y objetividad. El problema de la historia de la modernidad no se reduce al conocimiento del pasado, sino que implica saber cómo se vincula el saber histórico en la producción de futuros posibles. Más que volver a orígenes, ya superados, hay que volver a examinar la comunicación de datos y problemas y saber innovar explicaciones plausibles. No sólo utilizar la crítica de las fuentes, sino aplicar una potente crítica teórica.

Acorde con el desarrollo en todo el libro, el autor concluye con una visión muy cauta, producto de un análisis muy agudo.

El libro invita a muchas discusiones y ofrece elementos fundamentales para entablarlas. No se permite caer en simplificaciones. Cada afirmación se matiza y se pone en tela de juicio. El autor ha precisado que la interpretación histórica es la operación que reconoce la particularidad de cada situación, y a lo largo de todo el libro defendió que sólo una teoría de la observación de observaciones puede avivar la llama de la crítica para poder hacer observable lo contemporáneo.

En momentos como el actual, cuando se pretende imponer el pensamiento único, un libro como el de Zermeño es muy oportuno porque invita a trabajar en la elaboración de análisis rigurosos y de propuestas inventivas sobre las cuestiones que las ortodoxias y las costumbres en el historiar temen plantear. La historia en la actual coyuntura de la ciencia en México está expuesta al peligro de no ser entendida sino en una reduccionista visión de la utilidad. Ya no se propone el que sirva a la sociedad, como en las discusiones analizadas por el autor, sino se le demandan imposibles nexos con una tecnología que esté al servicio de las empresas. Pero precisamente libros como éste permiten combatir la visión chata tecnológica en el terreno de la ciencia oponiéndose al conocimiento mutilado. En lo que sí servirá la historia crítica como la propuesta por Zermeño será en la inventiva de un instrumental teórico y metodológico que permita, como lo señala Pablo González Casanova, determinar zonas y tiempos de crisis, de entropías. Este libro aporta muchas enseñanzas, y prevendrá peligros como el subordinar

la ciencia al poder, descuidar las fuerzas de la subalteridad y perder la actitud de búsqueda. La lectura de este libro no sólo será aleccionadora, sino que orillará a los lectores a responder con compromisos.

Jorge Alonso  
CIESAS-OCCIDENTE

María Alejandra Irigoin y Roberto Schmit (eds.), *La desintegración de la economía colonial. Comercio y moneda en el interior del espacio colonial (1800-1860)*, prólogo de José Carlos Chiaramonte y comentario de Jorge Gelman, Biblios, Buenos Aires, 2003, 336 pp.

LA HISTORIA ECONÓMICA DE LAS  
TEMPRANAS REPÚBLICAS: ¿UNA AGENDA  
COMÚN DE HISTORIA COMPARADA?

Hace décadas, Tulio Halperin Dongui nos ofreció una buena imagen de la primera mitad del siglo XIX en América Latina, entre la independencia y mediados de aquel siglo, juzgando que las jóvenes repúblicas vivieron un *impasse*, una "larga espera".<sup>1</sup> Otro tanto puede decirse de la historiografía sobre el periodo que no ha producido una historia económica de un lapso caracterizado por la inestabilidad y la anarquía. El orden de la explicación, por fortuna, empieza a cobrar frutos en la investigación histórica. El libro coordinado por Irigoin y Schmit es un paso consistente para explicar un proceso de *desintegración* desde la evolución misma de las economías otrora articuladas al espacio económico colonial.

<sup>1</sup> Tulio Halperin Dongui, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid, 1985.